JAVIER NARBAIZA

El día en que volvimos a la Universidad Laboral

Libros de la memoria

Esta imagen se encuentra colocada en la página web de la Universidad Laboral de Córdoba http://www.laboraldecordoba.es (C) Javier Narbaiza

El día en que volvimos a la Universidad Laboral

Esta imagen se encuentra colocada en la página web de la Universidad Laboral de Córdoba http://www.laboraldecordoba.es (C) Javier Narbaiza

JAVIER NARBAIZA

El día en que volvimos a la Universidad Laboral

Libros de la memoria

© Javier Narvaiza

© Libros de la Memoria S.L., 1999.
Plaza de los Mostenses 1, 28008 Madrid
Teléfono: 91 532 73 47. Fax: 91 521 65 95.

Diseño de cubierta: Santiago Aguinaga.
Preimpresión: Rex Media S.L.
Impresión: Nuevo Siglo S.L.

ISBN: 84-930714-0-4.
Depósito legal: M-15165-1999.

Este libro no podrá ser reproducido ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito de los titulares del *copyright*.
Todos los derechos reservados.

A Cristobal Espín Asensio, al Padre Antonio Rivero Meneses y a José Garzón Durán, que entregaron sus mejores años a la idea educativa de las Universidades Laborales. A ellos y a tantos, fuesen cuales fuesen sus ideas: curas, monjas, educadores, profesores, telefonistas, barberos, personal de oficios..., que hicieron bien su trabajo. Con agradecimiento –porque también nos soportaron–, a pesar de la filosofía selectiva, la disciplina, las filas, trasiegos con maleta, castigos y otras penitencias.

Esta imagen se encuentra colocada en la página web de la Universidad Laboral de Córdoba http://www.laboraldecordoba.es (C) Javier Narbaiza

Uno

Al salir del coche recordé el olor a prado mezclado con la fragancia de cipreses recién rasurados. Sobre el arco de la puerta de entrada continuaba el escudo con águila imperial y debajo el yugo y las cinco flechas. Entre las columnas del atrio corintio atisbé el patio central, y al fondo, las hornacinas inconclusas de la iglesia.

Un gran cartel proclamaba *Universidades Laborales* (1948-1998). En una estancia, situada en el lateral del corredor de acceso, se indicaba: *Recepción de Antiguos Alumnos*, y desde el mostrador me entregaron la credencial junto a una carpeta con documentos sobre la historia de las Universidades Laborales. Me asignaron habitación en los dormitorios de la planta baja; y mientras, acompañado por una azafata, nos dirigíamos a mi alojamiento, le iba comentando que yo había tenido mi *chabolo* en esa zona de residencias durante mi permanencia en la cuarta división. Hacía más o menos treinta y cuatro años de aquello... La chica hizo un ¡bufff..!, abrió sus grandes ojos y sonrió.

Abandoné la Laboral de Gijón en junio de 1965. Demasiado tiempo lejos de estas imponentes arquitecturas, ayer incomprensibles y luego determinantes en mi destino personal. El cuarto continuaba exacto, si bien las maderas de nogal aparecían maltrechas y cubiertas con muescas y pinturas de corazones y nombres de grupos musicales. Sobre las camas, contrastaban unas nuevas colchas a cuadros, distintas de las amarillas que se usaban

entonces. Tras la ventana, un patio, silente y claustral con setos agrestes y fuentes de piedra.

Colocada la ropa en los estantes del armario, me dispuse a abrir el cartapacio con la documentación entregada, consistente en recortes de prensa y un programa de actividades para el *Encuentro de Antiguos Alumnos de las Universidades Laborales*, a celebrar en Gijón durante el primer fin de semana de abril de 1998 con motivo del cincuenta aniversario desde el inicio de la construcción del Centro, en el que se detallaba:

Viernes día 3 de abril de 1998.
18,30 horas.– Llegada a la UNI y distribución del alojamiento.
19,30 horas.– Presentación del Aniversario en Salón de Actos con proyección de películas relativas a la historia de las Universidades Laborales y comentarios por significados protagonistas.
21 horas.– Espicha (típica cena asturiana) en los jardines. (Si el tiempo no fuese propicio se desarrollará bajo los soportales).

Sábado 4 de abril de 1998.
9,30 h.– Desayuno.
11 horas.– Santa Misa concelebrada oficiada por sacerdotes que ejercieron su ministerio en las Universidades Laborales.
12 horas.– Encuentro de fútbol entre veteranos de las Universidades Laborales de Gijón y Córdoba. Partido Revancha de los Campeonatos Escolares Nacionales de 1965.
14,30.– Comida de hermandad.
16,30.– Exposición fotográfica.
18,30.– Salida de autobuses hacia El Muro para quienes deseen pasear por el renovado Gijón actual.
21 horas.– Baile del recuerdo en la sala "El Jardín" con interpretaciones de los años 60 y 70 y actuaciones musicales de Antiguos Alumnos que han destacado en el mundo de la canción.

Domingo 5 de abril.
9,30.– Desayuno y despedida.

Nos entregaron un folleto cromático –la portada reflejando un óleo con la Torre al fondo–, cuyo texto desarrollaba la peripecia de lo que fueron las Universidades Laborales. El autor era Ignacio Faraldo Altuna.

Con Faraldo coincidí durante varios años, y creo que era de Ajuste. Por diversas razones siempre mantuvimos una cierta divergencia de tonos. Ambos escribíamos asiduamente en la revista *La Torre*, publicación interna y quincenal, donde Faraldo ejercía de reputado cronista institucional y se repetía mucho con lo de la justicia social, la España Nueva y los Montepíos benefactores.

Recuerdo su relato con motivo de alguna solemnidad que determinaba la consiguiente concentración de alumnos:

"... Gran parada en nuestro Patio Central... Un meandro de vidas impetuosas, torrenciales, encauzadas por la voluntad de luchar en escuadrón cerrado... Y en la crestería de la Iglesia, San Pablo, mano al pomo de la espada, parecía esperar el momento de la arenga en que habría de decirnos: Me dirijo a vosotros, jóvenes de la Universidad Laboral, porque sois fuertes..."

Traía, entre mis carpetas, una fotografía ritual de fin del curso 1961-62. Está toda la División, la Octava, y estudiábamos primero de Oficialía Industrial rama Metal. La foto se enmarcaba, como era usual, sobre las escalinatas de la Iglesia. Aparezco en la tercera fila, y debajo, destacado y sentado en silla, aparece Faraldo, en la hilera de los mandos, flanqueando al padre inspector, que tenía perfil de pájaro y era delgado y pálido como personaje escapado de un cuadro de El Greco.

Llegaban desde el fondo del pasillo voces provenientes de encuentros celebrados. También risas y conversaciones superpuestas de mujeres, que deducía serían las esposas de los congregados. De la efusión percibida interpreté que habían continuado contactos durante tantos años transcurridos. Temí la difi-

cultad en reconocer a mis antiguos compañeros. En la foto, que volvía a examinar, lucía tupé y una chaqueta de ojo de perdiz. Se trataba de mi primera chaqueta, y la prenda, usada previamente por mi padre, había sido transformada por el sastre, lo que se delataba en la posición del bolsillo superior situado al lado derecho. Faraldo exhibía americana cruzada, de estreno, con botones dorados y corbata perfectamente anudada. Podía ir recordando los nombres de todos los compañeros y sus pueblos de procedencia. Enrique Jiménez Herranz era de Aranda; Rueda, de Mataporquera; Gutiérrez, de Reinosa; Heras y Carrasco, de Burgos; Roza, de La Felguera; Menéndez, de Noreña; Trujillo, de Bilbao; Casimiro, de Somiedo... Faraldo era de Santander y tenía un tío con cargo importante en el Movimiento. Leía las noticias, presentaba festivales, y los domingos, desde la emisora, nos despertaba a las nueve menos diez con su tono impostado, una música zarzuelera a base de turi-ruri, turi-ruri, turirururiru rururi y la eterna salutación de... "Muy buenos días, Reverendo Padre Rector, Padres Prefectos, Padres Inspectores, alumnos y compañeros todos..."

Abrí el folleto escrito por Faraldo, cuyo primer capítulo titulaba "Precedentes a la primera piedra", mientras por megafonía nos convocaban al salón de actos para iniciar el Encuentro del 50º Aniversario y proyectarnos una película.

I. Precedentes a la primera piedra

Todo empezó en 1945, con el compromiso de Carlos Pinilla Turiño, a la sazón Subsecretario del Ministerio de Trabajo con Girón, tras un grave accidente minero en el que habían perecido ocho trabajadores. Las explosiones de grisú o el aplastamiento por derrumbe representaban la tragedia previsible de la mina, con las secuelas de segar tantas vidas dejando viudas e hijos sin sustento ni porvenir. Nada podía compensar la pérdida humana del padre de familia, mas el Nuevo Estado, tras la Victoria, no quería que sus promesas de engrandecimiento de la Patria, pan, paz y solidaridad quedasen en vanas retóricas.

Habían transcurrido nueve años desde que la España de Franco ganó la gran batalla contra el comunismo, y se había significado notablemente en la lucha por la justicia social quien desde 1941 ostentaría la jefatura del Ministerio de Trabajo: José Antonio Girón de Velasco, que ya en aquella época había establecido normativamente la posibilidad a favor de los huérfanos de los mineros, comprendidos entre los nueve y los once años, a fin de que los mismos pudiesen ingresar en el colegio que eligiesen, siendo asumidos los gastos por la Caja de Jubilaciones y Subsidios de la Minería Asturiana.

Con tales precedentes de amparo social, el seis de octubre de 1945 y en un nuevo paso adelante en la decisión de acrecentar las ayudas y socorros para las clases necesitadas, se constituyó ante notario la fundación benéfico-docente denominada "José

Antonio Girón". Era su vocación institucional la de: "... perpetuar en la tierra la memoria de José Antonio Girón de Velasco, voz y brazo del movimiento cristiano nacional, adelantado en la cruzada por la hermandad de los hombres de España, fundador de grandes instituciones de justicia social, amparo y guía de los que en esta hora con dolor de sus manos crean y producen, que abrió a la masa trabajadora horizontes de vida justa y segura e hizo posible la verdad de la paz en la Justicia..."

Se definía el objeto de la institución en el artículo segundo del documento formal en el que se hacía referencia a la "... formación cultural, moral, patriótica y profesional de niños huérfanos cuyos padres hayan sido víctimas de accidentes de trabajo en la minería..."

La fundación, cuyo domicilio se establecía en Gijón, con un capital inicial de 1.500.000 pesetas, se regiría por sus estatutos y por los acuerdos del Patronato. Inicialmente, la dirección y consiguiente orientación pedagógica del Centro estaba previsto encomendarla a los padres salesianos.

El 5 de abril de 1946 se declaraba por decreto la urgente construcción de un Orfelinato Minero en Somió-Gijón. Apenas dos meses después se encargaba a la Fundación José Antonio Girón que procediese a ejecutar las obras de dicha Institución.

El inicial patronato de la Fundación se constituyó formalmente el 21 de mayo de 1946. Concluido dicho proceso, se determinó la construcción de un edificio, dotado de diferentes talleres industriales, granja-escuela, instalaciones deportivas, campos de cultivo, etcétera, etcétera; todo ello con capacidad para albergar y satisfacer las necesidades educativas, formativas y asistenciales de mil alumnos internos y otros tantos externos.

El 1 de abril de 1948, coincidiendo con el aniversario del Día de la Victoria, se iniciaron las obras del Orfelinato en la zona de la prevista granja-escuela, sobre terrenos situados en las parroquias de Somió, Cabueñes, Deva y Castiello.

Dos

Salí del dormitorio caminando por los pasillos revestidos de cerámicas azulonas. Se escuchaba de fondo música ambiental de aquellos años: Paul Anka, Dúo Dinámico, Los Cinco Latinos... Ahora tocaban: "Cuando calienta el sol... /aquí en la playa... /siento tu cuerpo vibrar... /cerca de mí..."

Matrimonios frisando o rebasando los cincuenta –paisaje con muchas calvas de ellos y rubio paja de las esposas– se saludaban gozosos. El patio central –cercado de vallas metálicas para evitar accidentes por desprendimientos de pizarra– se mostraba sucio de papeles y cagadas de paloma. Desde la balconada o arengario, tras interrumpirse la melodía de los Beatles "Please, please me...", alguien daba instrucciones. Las azafatas, con camisetas blancas –en las que figuraba impresa la silueta de la torre, con alusión al cincuentenario–, enarbolaban cartelones con el nombre de las distintas Universidades Laborales: Gijón, Zamora, Sevilla, Tarragona, Córdoba, Sevilla, Coruña, Alcalá, Cheste... También se leían rótulos con numeraciones sucesivas. Continúe hasta encontrar PROMOCIONES 1960 a 1965. El primero con quien me topé fue Adolfo Ramos, alias Tripy. Abrió los ojos, incrédulo, gritando mi nombre.

—¡Leche, leche... si es Vivar..., si es El Incomprendido...!

Nos abrazamos y saludé a su mujer, Mari Pepa, viniéndome el recuerdo de los inicios de la relación sentimental entre Adolfo y una niña bien de Aranjuez, historia que databa de mi lejana es-

tancia en el internado y tras cuya confidencia pudo originarse algún préstamo de frases de pasión encendida que él incorporaría a su personal epistolario amoroso.

Acudió un grupo de compañeros, que cordialmente me estrujaban, mientras por mi parte intentaba descifrar qué rostro de antaño se escondía detrás de unos párpados como guantes de boxeo o de unos ojos enrojecidos por alcoholes hostiles.

—¡Joder, Vivar...! ¡La última persona que esperaba encontrar aquí...! Te tragó la tierra cuando te dieron la *boleta*...

Encontré a mi amigo Pedro Fernández Ibarra, de los mas inteligentes de clase, y que mantenía la misma voz desafinada de siempre, con la que estuvo atronándonos durante varios cursos, en su ronca interpretación de los Beatles...

—¡Pedrito...! Pero si tienes pelo y todo... ¿Cómo lo has conservado?... Si ya en aquellos tiempos te echabas unas ampollas para la caída, que por cierto olían a petróleo...

—Sigues con buena memoria, Vivar... Era el "S y J 38", y el producto lo había inventado un jesuita del Revillagigedo: el padre Montero... Costaba cuarenta duros la caja...

—Imagino que tú sí que habrás llegado a importante en algún taller con tecnología punta...

—¡Ya...! ¡Te equivocas, Vivar!, que uno descubrió que se vive mejor de francotirador... Después de terminar la Ingeniería Técnica, me licencié en Psicología y hoy tengo en Bilbao mi propio gabinete...

Encontré a Manolo Rey, a Castro Varela, a Arias, a Barrero, a Rodríguez, a Guti. Me presentaban a sus mujeres, y Guti venía también acompañado con su hija de veinticinco años...

—Viendo a vuestros hijos, se da uno cuenta del tiempo que ha pasado...

—Algunos han intentado localizarte desde que salimos... ¿Dónde te has metido durante tantos años...?

—Pues todo fue muy sencillo... Me dio por hacer las Américas y vuelvo formato indiano, buscando dónde colocar la palmera...

Continuaba el cerco de efusiones, mientras muchos se identificaban ante mi dificultad en situar a los sucesivos interlocutores.

—¿No te acuerdas de mí...? Soy Iglesias Fernández de Blimea...

—¿Y de mí tampoco te acuerdas...?

—El caso es que no te ubico...

—Soy Larri, que jugaba de portero en el equipo de la Universidad, cuando lo dejó Piñera... Si no parabas de entrevistarnos para *La Torre* y hasta nos ponías nota como en el *Marca*...

—¡Ah sí...!, claro que me acuerdo. Que nadie entendía que un portero de fútbol fuese bajito... Pero tenías agilidad y te colocabas muy bien...

—Pues mañana –sigue Larragoiti– nos toca devolverles la revancha a los de la Laboral de Córdoba, a quienes ganamos en los Juegos Escolares del 65 en Madrid, donde nos proclamamos campeones... Ya verás qué equipo de veteranos hemos recogido...

Alguien añadió que contaban con Araquistáin, Varela, Suárez, Requejo y otros fenómenos, en aquellos tiempos vencedores de todo entorchado escolar futbolístico...

Me aclaraba Tripy que yo era de los pocos que se perdió cuando terminamos en la Laboral. Prácticamente cada tres o cuatro años se habían venido reuniendo casi todos los de la promoción.

—Oye, es puñetero esto de que todos hayáis seguido viéndoos y uno venir de aparecido...

—Hace unos meses, visitando al Padre Rivero en Valladolid, nos acordábamos de ti... Siempre esperamos que acabases en personaje por cosas de la lírica, o al menos, como periodista deportivo...

Pedían silencio por los altavoces y nos indicaban que pasásemos al salón de actos. Iban a proyectarnos una película sobre la construcción de la Universidad Laboral y otras diversas secuencias de la historia de los Centros. Fuimos entrando al cine, con el orden inconsciente de cuando éramos internos. Se respiraba exacto olor a la goma del suelo y a la piel de los asientos. Nos sentamos en las butacas, cuyos respaldos ya se reclinaban con

harta dificultad, mientras continuaba hablando con Tripy, con quien me sentía obligado a rendir explicaciones tras tantos años sin dar noticia ni razón de mi paradero.

Atropelladamente, intentábamos contarnos en cinco minutos cuanto habíamos hecho en seis lustros, e indagábamos por nuestras respectivas familias, que ambos habíamos conocido, ya que un verano él estuvo en mi pueblo y yo le devolví la visita en las fiestas de Aranjuez. Constatábamos que nuestros padres ya habían fallecido.

Sobre el blanco de la pantalla permanecía, con tonos más apagados, el mural de Enrique Segura con las figuras, mensajes y claves que me intrigaron en aquel tiempo.

II. Del orfelinato minero a las universidades laborales

Por Ley de Bases de Enseñanza Media y Profesional de 16 de julio de 1949, se regía la creación de Centros de Enseñanzas Medias Profesionales, cuyos objetivos eran "... hacer extensiva la Enseñanza Media al mayor número posible de escolares, iniciarles en las prácticas de la moderna técnica profesional y capacitarles para el ingreso en Escuelas y Centros Técnicos". A ello se añadía: "... el deseo de conquistar para un ciclo elemental de la Enseñanza Media a una gran masa de la población española, situada lejos de las capitales de provincia o de las ciudades importantes, en burgos rurales, industriales y marítimos, que por aquella circunstancia de residencia se ha visto hasta ahora apartada de los centros formativos de Enseñanza Media y de las Escuelas de Trabajo, con el consiguiente perjuicio a la intención del postulado proclamado por nuestro Régimen sobre el aprovechamiento de todas las inteligencias útiles para el servicio de la Patria..."

En abril de 1950 el ministro de Trabajo Girón de Velasco, en un discurso en el Ateneo de Sevilla, anunció la creación de las Universidades Laborales, lo que iba a obligar a que el preexistente Orfelinato Minero de Gijón, a partir de 1951, se adecuase al espíritu de unas instituciones de nueva creación, lo que motivó la necesidad de introducir modificaciones en el proyecto de obra del Centro de Gijón a fin de buscar la fórmula más idónea de organización interna.

José Antonio Girón proclamaría: "Vamos a crear gigantescas Universidades Laborales, castillos de la reconquista nueva, donde vosotros, y sobre todo vuestros hijos, se capaciten no sólo para ser buenos obreros, que eso es poco, y eso es todo lo más que quisieran los enemigos. Vamos a crear centros enormes, donde se formen, además de obreros técnicamente mejores, hombres de arriba a abajo, capacitados para todas las contiendas de la inteligencia, entrenados para las batallas del espíritu, de la política, del arte, del mando y del poder. Vamos a hacer hombres distintos, vamos a formar trabajadores dentro de unos españoles libres y capaces. Y vamos a hacer la revolución de los hombres y no la revolución de unas máquinas de rendir trabajo. Rendir trabajo es poco: tenemos derecho a rendir Historia..."

El modelo institucional de referencia –además de haber estudiado ciertos proyectos semejantes en la Argentina del peronismo– pudo inspirarse, engrandeciendo objetivos, en la Universidad del Trabajo de Charleroy (Bélgica), donde a principios de siglo, y desde improntas de cuño socialista, se había ensayado una posibilidad de alimentar a la industria emergente a base de obreros cualificados. Dicho proyecto se implantó con el impulso del Ministerio correspondiente y se conoció como la Universidad del Trabajo Paul Pastur.

En cuanto a España, debemos valorar el aporte de las enseñanzas de formación profesional impartidas en los precedentes Institutos Laborales, surgidos en los años 1947-48 y que se ubicaron en poblaciones que centralizaban la vida económica de distintas demarcaciones comarcales, en unos momentos históricos en los que, tras la autarquía económica, se empezaba a vislumbrar el auge industrializador de España.

Se ensayó en dichos centros un nuevo tipo de bachillerato, conocido como Bachillerato Laboral, en el que se intentaban complementar las disciplinas docentes tradicionales con materias técnicas propias de la agricultura, de la industria, así como aplicaciones marítimo-pesqueras.

Al respecto, proseguiría Girón, en la referida conferencia de Sevilla del 25 de noviembre de 1950:

"... Ha nacido en el cerebro de Franco una idea servida con entusiasmo y con lealtad por el ministro de Educación Nacional, a pesar de las dificultades que encierra, acaso porque es demasiado nueva y demasiado revolucionaria y ha sorprendido a una sociedad insuficientemente preparada... Franco espera que el Régimen sea capaz de desarrollar y poner en marcha esta idea... Si bien son una parte muy importante para esta misión los Institutos Laborales de Enseñanza Media, no son más que una edificación, un principio sobre el que hay que construir el Sistema..."

Tenía muy claro el fundador que lo determinante de las Universidades Laborales –que partían de mucho de lo recorrido por los citados Institutos Laborales– no era su "función", la cual, en gran parte, era compartida por éstos y por otros Centros de Formación Profesional; sino la "misión" de promoción social y cultural a través de las enseñanzas a impartir.

Con estas nuevas miras, en abril de 1952 –tras dejar sin efecto la clasificación como benéfico-docente de la Fundación gijonesa– se daría a comprender por el Patronato que la magna empresa de la creación de las Universidades Laborales excedía sus posibilidades y superaba al objeto inicial planteado, que ya no se limitaba a la formación cultural, moral, patriótica y profesional de niños huérfanos cuyos padres habían sido víctimas de accidentes de trabajo en la minería, sino que se había transformado en la revolucionaria pretensión de llegar a ser el instrumento de la formación cultural de la clase más necesitada de protección a fin de que pudiesen alumbrar aquellas inteligencias que careciesen de medios económicos, evitando su pérdida en las tinieblas de la ignorancia.

Mientras tanto, y estamos en el año 1954, continuaban a buen ritmo las obras de Cabueñes y la prevista integración del inicial orfelinato en el sistema de Universidades Laborales, lo

que determinó que se cumplimentase el trámite formal de la cesión gratuita de los bienes pertenecientes a la Fundación José Antonio Girón, representada por D. Carlos Pinilla Turiño, a la Caja de Compensación y Reaseguro de las Mutualidades Laborales, entidad que se subrogó en los derechos y obligaciones inherentes a dicho fin.

Con tal absorción se había producido un desplazamiento patrimonial desde la Fundación José Antonio Girón hacia el Mutualismo Laboral, con el compromiso para esta última institución de subvencionar las obras pendientes en Gijón.

Así nació la Universidad Laboral de Gijón, que sería el alma mater *de los centros futuros; iniciándose las actividades docentes en noviembre de 1955, con cuatrocientos ocho niños en edad de realizar estudios primarios. Provenían los "alumnos fundadores" de Cataluña (64), Aragón (12), Valencia (4), Vizcaya (37), Castilla la Vieja (27), Castilla La Nueva (61), Andalucía (37), Extremadura (8), León (22), Galicia (18) y Asturias (111).*

Por Orden conjunta de los Ministerios de Educación Nacional y de Trabajo de 12 de julio de 1956, se aprobó, con carácter provisional, el Estatuto de las Universidades Laborales, y por decreto de Presidencia de Gobierno se constituyeron en organismos docentes las Universidades Laborales de Gijón, Córdoba, Sevilla y Tarragona, siendo posteriormente reclasificada como Universidad Laboral la Fundación benéfico-docente Escuelas Profesionales San José de Zamora.

Dicha normativa recibió refrendo legal por la ley de Universidades Laborales de 11 de mayo de 1959, cuyo reglamento orgánico sería implantado por Decreto de 24 de noviembre de 1960.

En cuanto a la definición programática de los nuevos Centros, se anunciaba la diferencia de estas instituciones respecto a la decimonónica Escuela de Artes y Oficios o a la Escuela Profesional.

Asimismo se los determinaba como "instrumento esencial de nuestra más decisiva acción revolucionaria...", explicándose el

término Universidad, no a título de remedo ni usurpación, sino porque el viejo vocablo "Universitas" abarcaba, precisamente, el conjunto total de planes, estudios, grados y disciplinas del mundo laboral y porque debajo de él cabían sin distinción todos los sujetos capaces de recibir la educación humana, profesional y técnica que los acreditaría como hombres y como trabajadores.

Se clarificaban los objetivos de la empresa acometida advirtiendo que se equivocaban quienes pretendiesen adjudicar a las nuevas Universidades Laborales un designio clasista, ya que, en su inmensa mayoría, los universitarios laborales que algún día saliesen de los Centros jamás dejarían de ser trabajadores, puesto que estaban designados para ser los mejores mediante la posesión de una cultura superior en lo humano que, junto a la formación técnica recibida, posibilitaría el alcance de los más altos logros dentro de su respectiva profesión. El programa de las Universidades Laborales, en su definición, no entraba en colisión con la Universidad del Estado, ya que su meta, salvo en los casos reducidos de los selectos, no pretendía invadir el círculo de las profesiones liberales o de las carreras técnicas.

Dentro de la urgencia de un ensayo de la colosal dimensión como el pretendido, con la mirada en la meta de conseguir, en toda su plenitud, la aplicación de la justicia social al campo de la cultura, se consideró la posibilidad de adjudicar la responsabilidad del modélico intento, como avance de la doctrina social cristiana, a distintas órdenes religiosas de contrastado prestigio en el terreno educativo.

Fue a la Compañía de Jesús a quien definitivamente se entregó la Universidad Laboral de Gijón para que fuese gestionada con plena autonomía, en los órdenes pedagógico, formativo, y económico-administrativo; marcándose la dependencia de un Patronato constituído en la localidad y regido por las normas establecidas en el Estatuto de las Universidades Laborales.

Se garantizaba en el Convenio suscrito el 13 de julio de 1955 entre D. Carlos Pinilla Turiño y el Prepósito Provincial de la

Compañía de Jesús, Rvdo. P. Gregorio Sánchez Céspedes –cuyas estipulaciones servirían después de inspiración y referencia en futuros convenios de colaboración con otras órdenes religiosas–, un plazo amplio de 25 años, o sea con expiración en el año 1980, para dar pruebas de los resultados de su gestión.

Se convenía el respeto de dicho plazo, así como que no se podría retirar la confianza otorgada, siempre que la Compañía se atuviese a las bases establecidas. La Compañía de Jesús, por su parte, se comprometía a no devolver dicha confianza a no ser por circunstancias graves y preavisando, al menos, con un año de anticipación a su hipotético cese.

En el clausulado del protocolo se desarrollaban las funciones a implantar por la Universidad, tanto en el aspecto de la formación técnica como en el de la formación humana de la juventud trabajadora. Se incluían en este último capítulo formativo, y con la referencia de Técnicas Humanas *–a cuyo establecimiento académico complementario se concedía decisiva y vital importancia–, determinados ejercicios y prácticas que implicaban una utilidad individual y social para el hombre moderno; preveyéndose el aprendizaje por los alumnos de, al menos, veinte de dichas técnicas que se marcaban como objetivos pedagógicos:*

Escribir a máquina. Montar en bicicleta. Conducir un coche. Montar una pequeña instalación eléctrica. Manejar un arma de fuego. Saber tocar un instrumento musical. Asistencia sanitaria de urgencia. Llevar un libro de contabilidad. Redacción periodística y radiofónica. Dibujo lineal y artístico. Encuadernar un libro. Jugar al ajedrez. Aereomodelismo. Técnicas de propaganda, etcétera, etcétera.